

¿POR QUÉ EL SEXO ES DIVERTIDO?

ALICIA GARCÍA BERGUA

Jared Diamond,
Why is Sex Fun? The Evolution of Human Sexuality,
Basic Books, 1997.

ESTE LIBRO muy amablemente escrito nos da una visión de la sexualidad humana desde el panorama de la evolución biológica. Para abordar un tema que, por razones obvias, siempre ha sido abordado antropocéntricamente, Diamond tiene que lograr que el lector entienda de una manera efectiva y rápida su cambio de punto de vista y tiene un texto introductorio genial que quizá dé pie a futuras fábulas:

"Si tu perro tuviera tu cerebro y pudiera hablar, y le preguntaras lo que ha pensado de tu vida sexual, te sorprenderías de su respuesta. Sería algo así:

'¡Estos desagradables humanos tienen sexo cualquier día del mes! Barbara propone hacerlo incluso cuando sabe perfectamente bien que no está en su etapa fértil, justo después del periodo. John tiene deseos sexuales todo el tiempo, sin importarle si de sus esfuerzos resultará un bebé. ¡Pero, lo más tremendo es que Barbara y John siguen teniendo sexo cuando ella está embarazada! Tan malo como eso es que, cuando los padres de John vienen de visita, puedo oír como tienen sexo, aunque la madre de John haya tenido esa cosa que ellos llaman menopausia hace ya años. Ahora ella ya no puede tener bebés, pero todavía quiere tener sexo, y el papá de John le hace el favor. ¡Qué desperdicio! Pero lo peor de todo es que Barbara y John, y sus padres también, cierran la puerta para tener sexo en privado, en vez de hacerlo enfrente de todos sus amigos, como cualquier perro que se respete!'"

Esta visión tan asombrada y escandalizada de la sexualidad humana, por parte del perro ficticio, sirve para dar pie a la idea de que al igual que otros rasgos biológicos que compartimos con el resto del mundo animal —particularmente con los mamíferos—, nuestra sexualidad es específica, es decir, producto de un camino evolutivo que sólo los humanos han recorrido. Este camino es para el autor inverso conceptualmente a lo que muchos podríamos creer, por lo que piensan actualmente muchos biólogos de que el comportamiento social es consecuencia de las azarosas adaptaciones para sobrevivir y reproducirse, y no al revés. Esto trae como consecuencia que nuestra biología no siempre sea el instrumento preciso para cumplir idealmente con lo que pensamos. Es decir, nuestra sexualidad es resultado de toda una serie de adaptaciones y adecuaciones para la sobrevivencia y la reproducción que tuvieron lugar en un largo periodo y en condiciones muy distintas y variadas a las que la humanidad vive actualmente.

El libro se complica un poco en el segundo capítulo, pues antes de seguir explicando los rasgos específicos de la "aberrante" sexualidad humana en relación al resto del mundo animal, tiene que recurrir a una explicación sociobiológica básica sobre la inversión genética y energética que los padres, en todo el reino animal, hacen para reproducirse. Dado que la biología de todos los animales superiores está diseñada para la reproducción de los genes individuales, en la pareja heterosexual cada uno de los miembros compete por la reproducción de sus genes. La pareja que se reproduce resulta ser, paradójicamente, el espacio en el que los genes se mezclan y compiten entre sí. Esto implica que el cuidado de la prole en muchas especies signifique perder la competencia dentro de la misma pareja,

pues uno de los miembros no tiene posibilidad, durante ese periodo, de seguir buscando oportunidades de reproducirse.

Los términos de esta competencia en el reino animal no tienen ningún carácter moral ni espiritual, están más bien sujetos a la forma en que los animales están diseñados fisiológicamente. Es decir, esta competencia cobrará un carácter algo distinto según la fisiología de la especie. Las condiciones fisiológicas del ser humano –en las que la mujer guarda el producto en su vientre durante nueve meses y después del nacimiento tiene que protegerlo, instruirlo y apoyarlo durante un largo periodo, hasta que llega a la madurez– dan un papel biológico distinto a los hombres y a las mujeres. Estas últimas están, entonces, en clara desventaja en la competencia por reproducir sus genes, por lo que cuando lo logran tienen que dedicar, desde el punto de vista biológico, mucha mayor energía para que su progenie sobreviva, pues además las mujeres pueden llegar a tener en su vida muchos menos hijos que los hombres.

Una sexualidad cuyas condiciones biológicas son éstas podría, sin embargo, haberse desarrollado por distintas vías de las que hemos adoptado; por ejemplo, haciendo que el papel de los hombres en la reproducción fuera similar al que asumen algunos pájaros en el sentido de compartir las tareas maternas de provisión de alimento. Diamond explica que hubiera sido factible que en los hombres se desarrollaran también las glándulas mamarias y amamantaran, al igual que las madres, a sus crías. Pero esto no sucedió, sino que adoptamos otra vía para la cual tener sexo por placer y sin fines reproductivos, la menopausia y la no identificación de las etapas de celo por parte de los machos, características todas casi exclusivas de la sexualidad humana, son esenciales. El hecho de que la actividad sexual humana no esté centrada solamente en la reproducción sugiere que tiene la función social de mantener el vínculo familiar. Es decir, que la disponibilidad sexual de las mujeres es una forma de mantener cerca al padre de sus hijos, tanto como proveedor de algún tipo de recurso o como protector y vigilante del territorio.

Sobre la diversidad de formas que este papel masculino ha adquirido en las distintas culturas hay una amplia polémica, pues en el Occidente moderno hay hombres que han dejado de cumplirlo en el sentido más tradicional, o simplemente fallan al hacerlo, y las mujeres han asumido muchas tareas que eran tradicionalmente masculinas.

En cuanto a la menopausia, las mujeres comparten la mayor proporción de sus genes con sus hijos; esto implica que, desde el punto de la sociobiología, su altruismo genético las impulse, una vez terminada su capacidad de reproducción, a ayudar no sólo a sus hijos, sino a la descendencia de éstos. Diamond cita el ejemplo de varias sociedades en las que abuelas tienen un papel esencial en el cuidado de sus nietos, al igual que como proveedoras de conocimientos, alimentos y otros enseres indispensables.

Este libro tiene el acierto de dar ricos trazos de lo que es la sexualidad humana desde el punto de vista biológico, sin cerrar los caminos de discusión acerca de lo que las culturas –que constituyen variaciones de esta base biológica– han hecho de nuestro comportamiento sexual y reproductivo. Ser conscientes de este condicionamiento básico, que implica una desigualdad entre los sexos, en este momento en el que se habla mucho también de la igualdad en distintos términos, es muy importante. Y lo es porque, aunque ahora en las leyes y en la sociedad hay cada vez una mayor conciencia de las claras desventajas biológicas de las mujeres, hay un empeño en otros terrenos de no reconocer su diversidad biológica en un plano de igualdad y de respeto. El culto a la imagen de "la mujer libre e independiente y siempre joven" ha provocado que se menosprecie socialmente el importantísimo papel que las mujeres como madres siguen teniendo en el mantenimiento

de la familia, y ha contribuido a que no se valore que las mujeres realizan en su mayoría la famosa doble jornada.

Diamond hace notar que dado que se sigue modificando fisiológicamente el comportamiento sexual humano, por ejemplo, con la anticoncepción, la reproducción in vitro y otros métodos artificiales, es muy posible que ello traiga consigo también cambios en el comportamiento de los distintos sexos que ahora nos resultan impredecibles. La biotecnología puede por ejemplo dar lugar a que los hombres puedan cumplir el papel, hasta ahora materno, del amamantamiento.

El conocimiento de la base biológica de la sexualidad humana podría hacer sentir a muchos que implica una limitación más que una liberación. Sin embargo, a mi parecer es todo lo contrario, no implica abandonar lo que hay de instintivamente bueno en el hombre, sino enfrentar la realidad y dejar de actuar a ciegas